



LA UNIFICACION DEL VASCUENCE

J. Campión tomo VI

De MIGUEL DE UNAMUNO

(Para LA NACION)
SALAMANCA, julio de 1920

La lengua vasca, euscara o eusquera,—no euskara, esdrújulo y adjetivo—llamada también vascuence—del adverbio latino «vasconice», al modo vasco—es un conjunto de dialectos y subdialectos. Y como a esta expresión de dialecto la quisquillosidad aldeana de ciertos pueblos se empeña en darle un tono despectivo, conviene advertir que por ella se indica un lenguaje meramente hablado, coloquial o conversacional, que no se usa ni en documentos públicos ni en literatura, un lenguaje que no es escrito, aunque no se conozca otro del cual derive. Así al decir que el vascuence de Marquina o de Azpeitia o de Huarte Araquil es un dialecto, no se quiere decir que derive de la lengua oficial de España, del español. Y dentro de éste, del español, hay dialectos.

Son dialectos las **F**ablas que constituyen el eusquera o vascuence porque no han sido empleadas nunca, que se sepa, en la redacción de documentos públicos, ni casi privados, y puede decirse que carecen de literatura. En mi nativo país vasco el que sabe leer y escribir es porque sabe español o francés, y no se dará un solo caso de individuo que no sabiendo nada más que vascuence lea y escriba en él. La escasa literatura eusquérica, por otra parte, constituida en su mayor parte, por libros de devoción, nada tiene de popular. Es de origen muy moderno y en general de un carácter artificioso.

Fue la Reforma protestante la que **d**ió el primer impulso a la literatura eusquérica. Juan de Leizarraga, el traductor del Nuevo Testamento al vascuence labortano, era un hugonote. Luego los jesuitas cultivaron la lengua vulgar del país, fieles a su sistema, el mismo que emplearon en las famosas Reducciones del Paraguay—que estaban las más en territorio de la actual Argentina.—Los catecismos de doctrina cristiana se escribían en vascuence, pero no para que los niños los aprendiesen «leyéndolos» sino para que los curas se los enseñasen de viva voz. Porque no se debe perder de vista que el vascuence no ha sido lengua escrita para el pueblo. También Borroa publicó un gitano español una traducción del evangelio según Lucas y sin embargo, no sabemos de ningún legítimo y genuino gitano de España que lo haya leído.

La cultura vasca, lo que se llama cultura, se ha hecho o en español o en francés. En español escribió sus cartas y sus ejercicios Inigo de Loyola, el fundador de la Compañía de Jesús, y en francés pensaba y escribía el abate de Saint-Cyran, fundador de Port-Royal, fortaleza del jansenismo. Y los dos, el caudillo del jesuitismo y el del jansenismo, que tanto se combatieron entre sí eran vascos. ¿No tendremos acaso todos los vascos—y el que esto escribe lo es de pura casta y por los 64 costados—algo de jesuitas y algo de jansenistas en fecunda contradicción íntima?

La dialectalidad del vascuence, esto es, el hecho de no haber en él una forma literaria, de lengua escrita,

única y valadera para todos los euscaldunes—los que hablan vascuence—ha hecho que los empeñados en resucitar a un moribundo piensen hoy en buscar esa lengua literaria. Y a ello obedece el «Informe de los señores académicos A. Campión y P. Broussain a la Academia de la Lengua Vasca sobre unificación del Euskera», folleto que nos proponemos comentar aquí brevemente.

Dejando a un lado que ni Campión ni Broussain son apellidos vascos, vamos a fijarnos en un pequeño detalle, pero muy significativo. El folleto está escrito en español, no en vascuence, y sus autores son el uno español y el otro francés. Y en él se dice: «Recordemos los nombres de Homeros, de Dante y de Luther...» En francés se escribe Luther, pero en español Lutero y ni en francés ni en español ni en nada, se escribe Homeros, así, con una o con acento circunflejo, que ni puede tenerlo, porque esa o en griego es breve, es omicrón y no omega. ¿Por qué, pues,

eso? ¿Es pedantería? No; es peor que pedantería. Es grotesco y pueril empeño de no escribir en la norma española, en darle un aspecto exótico al vocablo. Ni se hace eso por amor al vascuence sino por aversión, una aversión ridícula al español. ¡Y el Sr. Campión que ha caído en esa ridícula puerilidad es un excelentísimo escritor... en español! Como que es la lengua en que piensa y siente.

El informe, henchido de buena retórica sentimental, es una confirmación más de lo que hace años vengo diciendo a mis paisanos, que el vascuence se muere y se muere sin remedio. Los autores del folleto discuten si se ha de adoptar para lengua literaria vascongada uno de los ocho dialectos en que la dividen, o adoptar un noveno, «ajustando, adornando, puliendo, perfeccionando, completando, acrecentando los elementos formativos, dispersos en el habla literaria y rústica, puestos los ojos en euskera (esta es del «informe»), no nuestra) ideal, pintado a las luces de la dialectología comparativa, como Dante los levantó al italiano de su imperial imaginación creadora».

Para esto haría falta en nuestra tierra un Dante, pero un Dante vasco se habría formado pensando y sintiendo en español o en francés. Ni un infierno, ni un purgatorio, ni un cielo modernos, civiles, europeos, se podría describir hoy en vascuence. Acaso un limbo... En vascuence no se puede pensar con universalidad. Y el pueblo vasco cuando se eleva a la universalidad lo hace en español o en francés. Hasta aquellos de nuestros paisanos que se dedican a relinchar contra España, a la que no conocen, tienen que hacerlo en español. Y algunos de ellos no conocen otra lengua. Lo que no quiere decir que la conozcan bien.

No hemos de entrar en la parte técnica del «Informe», que resultaría vascuence para el lector. Sus autores comprenden toda la vanidad del esfuerzo de los euskeristas que, manipulan el euskera cual si fuese un sujeto de laboratorio, «ánima vilis», de bien intencionadas experiencias. Con lo que están forjando ese monstruoso esperanto aldeano que es la lengua (??)—lengua no! porque nadie la habla—«euzkadiana», un aborto archi-grotesco. Y de lo de la buena intención de esas experiencias hay que dudar. Nunca es bien intencionado un esfuerzo a que no guía

el amor sino el odio, o más bien la envidia y la vanidad aldeanas.

Los autores del «Informe» conocen y reconocen la pobreza del vascuence vivo para expresar los múltiples aspectos de la vida moderna; saben de sobra que no se podría explicar en vascuence ni química, ni física, ni psicología, ni... ciencia alguna. Saben de sobra que el vocabulario religioso o teológico y psicológico del vascuence es de origen latino. Y confiesan que la lengua unificada será una lengua artificial. Y nunca dejaría de serlo.

Y acaban: «La lengua vasca unificada y enriquecida es la lengua de lo porvenir, de no renegar los vascos vergonzosamente de sí mismos». ¡Pobres hombres! ¡Hombres de poca fe! El que esto escribe es vasco, vasco de origen por sus raíces todas, vasco de nacimiento, vasco de educación; jamás ha renegado de su raza, lo tiene por la mayor acaso de sus ventajas y por eso lo expresa en español. Lo expresa en español, en la lengua en que escribió Inigo de Loyola su carta a los padres y hermanos de la Compañía de Jesús de Portugal, en la lengua con que Legazpi conquistó Filipinas, en la lengua con que Garay e Iratola colonizaron la Argentina y el Paraguay, en la lengua en que Ercilla cantó «La Arucana», la lengua en que han sido pensadas y escritas las leyes todas, antiguas y modernas, de las Provincias Vascongadas y Navarra, el Fuero del Señorío de Vizcaya, las Ordenanzas de Bilbao, célebres en la historia del derecho mercantil, la lengua en que... ¿a qué seguir? El mismo Sabino de Arana, el fundador del bizkaitarrismo, pensaba y sentía sus quimeras en español—de Albia—que era su lengua natural, y que ha sido y es la lengua de la civilización vasca.

Y entretanto a los «sianfeiners» de Irlanda no se les ocurre resucitar la vieja lengua céltica erse. Saben que si Irlanda se hace independiente, será en inglés.

